

LA PROFECÍA
DE CLOOSTEDD
JOSEPH SHERIDAN LE FANU



La obra maestra del escritor que inspiró a autores como Mary Shelley o Bram Stoker.

En el pueblecito de Golden Friars, el pasado de una familia está dispuesto a cobrarse su venganza. El chispeante suspense, la poderosa atmósfera y la fuerza visual de las descripciones dominan esta sobrecogedora novela gótica de paisajes brumosos y misteriosos personajes.

«Es un escritor de novelas de fantasmas de primera fila. Éste es mi veredicto después de haber leído todos los relatos sobrenaturales a mi alcance. Nadie crea escenas mejor que él, nadie maneja los detalles con mayor destreza.»

M. R. JAMES

I.
EL GEORGE AND DRAGON

El precioso pueblecito de Golden Friars —alzándose al borde del lago, cercado por un anfiteatro de montañas purpúreas, ricas en matices y surcadas de elevados barrancos, cuando los altos hastiales y las estrechas ventanas de sus casas de basalto y el campanario de la vieja iglesia que aún difunde sus tañidos en la tarde se vuelven plateados bajo la luz de la luna, y los negros olmos de su alrededor proyectan sombras inmóviles sobre la yerba del suelo— es una de las visiones más singulares y hermosas que he contemplado jamás.

Allí se eleva, «como por arte de magia», tan tenue y etéreo que apenas podría creérsele más consistente que el reflejo de un cuadro en la bruma de la noche.

Una tranquila noche de verano, brillaba la luna espléndida sobre la fachada del *George and Dragon*, el cómodo mesón de Golden Friars, con el ejemplar más solemne de vieja enseña de mesón, quizá, que queda en Inglaterra. Está de cara al lago; la carretera que bordea la orilla pasa junto a la escalinata que sube hasta la puerta del vestíbulo, enfrente de la cual, al otro lado de la carretera, entre dos grandes postes y enmarcada en una especie de orla caprichosa de hierro forjado con espléndidos dorados, se balancea la famosa enseña de San Jorge y el Dragón en suntuosos colores.

En el gran salón del *George and Dragon*, se encontraban tres o cuatro viejos *habitués* de tan agradable lugar, descansando un poco después de las fatigas de la jornada.

Dicho salón es una cómoda estancia con paredes revestidas de roble; y cada vez que el aire es lo bastante frío, en los meses de verano, como en la presente ocasión, el fuego ayudaba a templarlo. Este fuego, casi siempre de leña, proyectaba un grato parpadeo sobre los muros y el techo, sin llegar a calentar el ambiente en exceso.

A un lado estaba sentado el médico de Golden Friars, el doctor Torvey, conocedor del punto flaco de cada uno de los hombres del pueblo, y de la medicina que le iba a cada habitante; un señor grueso de risa jovial, hambriento de toda clase de noticias, grandes y pequeñas, al cual le gustaba fumarse una pipa y tomarse un vaso de ponche con una corteza de limón sobre esa hora. A su lado estaba William Peers, un caballero viejo y delgado que había vivido durante más de treinta años en la India, tranquilo y benévolo, y era el último hombre de Golden Friars que aún llevaba coleta. El viejo Jack Amerald, ex capitán de la marina, con su corta y robusta pierna sobre la silla, y su compañera de palo junto a ella, el cual sorbía su grog, vociferaba al antiguo estilo de la marina, y llamaba a sus amigos sus «valientes». En el centro, frente a la chimenea, estaba el sordo Tom Hollar, siempre plácido, fumando su pipa y mirando serenamente al fuego. En cuanto al propietario del *George and Dragon*, entraba contoneándose a cada momento, se sentaba en su sillón de madera de alto respaldo, siguiendo la anticuada costumbre republicana del lugar, y tomaba parte gravemente en la conversación, en la que siempre era acogido con cordialidad.

—Así que Sir Bale regresa al fin —dijo el doctor—. Cuéntenos qué más ha oído.

—Nada —contestó Richard Turnbull, el mesonero del *George and Dragon*—. No hay nada que contar; sólo hay de cierto una cosa, la mejor: y es que la vieja casa no parecerá ahora tan fúnebre.

—Twyne dice que la propiedad debe ya un buen montón de dinero, ¿eh? —dijo el doctor, bajando la voz y gui-

ñando un ojo.

—Bueno, dicen que no ha hecho nada por salvarla..., no hay inconveniente en contárselo a usted, señor, porque aquí somos todos amigos..., pero que lo hará con el tiempo.

—Es más probable que la salve desde aquí que desde donde está —dijo el doctor con otro grave movimiento de cabeza.

—Su llegada será muy loable —dijo Mr. Peers, exhalando un delgado hilo de humo—, y muy oportuna para atajar el problema a tiempo. Viene a ver si salva algo, y tal vez a casarse; y más mérito tiene si, como dicen, no le gusta el lugar y preferiría quedarse donde está.

Y dicho esto con toda suavidad, Mr. Peers volvió gozoso a su pipa.

—No, no le gusta el lugar; o sea, me han dicho que *no le gustaba* —dijo el mesonero.

—Lo *detesta* —dijo el doctor con otro sombrío asentimiento.

—Y no es de extrañar, si es verdad todo lo que he oído —exclamó el viejo Jack Amerald—. ¿No ahogó a una mujer y a su hijo en el lago?

—¡Ah, mi querido muchacho!, que no le oigan decir eso; todos ustedes están en las nubes.

—¡Por Júpiter! —exclamó el mesonero tras un alarmado silencio, con la boca y los ojos abiertos, y la pipa en la mano—. ¡Vaya, señor, yo pago mi alquiler por la casa! ¡Estoy agradecido, bien lo sabe Dios, *muy* agradecido, de no deber nada!

Jack Amerald puso el pie en el suelo, dejando su pata de palo en posición horizontal, y miró en torno suyo con cierta curiosidad.

—Bien, si no fue él, fue algún otro. Estoy seguro de que ocurrió en Mardykes. Yo mismo tomé las marcaciones desde el farallón de Glads al embarcadero de Mardykes, y desde la enseña del *George and Dragon*, ahí abajo, hasta la

casa blanca al pie del monte de Forrick. Logré fondear una boya en el lugar exacto. Alguien de aquí me dijo las marcas del sitio donde fue visto el cuerpo, podría jurarlo; y, sin embargo, ninguna embarcación consiguió dar con él; cosa que resulta bastante extraña, y así lo consigné en mi diario de a bordo.

—Sí, señor, *hubo* algún rumor en ese sentido, capitán —dijo Turnbull—; porque a la gente le gusta hablar. Pero era de su abuelo de quien se contaba eso, no de él; y a mí mismo me ahorcarían sin más si se sospechase que pasan historias así en el *George and Dragon*.

—Bueno, pues su abuelo; para él era lo mismo, imagino.

—Pero no hubo pruebas, capitán; todo resultó tan inconsistente como el humo; y la familia Mardykes no le consentiría ni al rey hablar así de ellos; pues aunque hace tiempo que han muerto los que tenían más derecho a enfadarse por el asunto, no hay nadie de ese apellido tan bobo como para pensar que todavía se cree, y él menos que nadie. No es que a mí me importe él más que otro; aunque dicen que es algo desastrado y avaro, él a mí no puede echarme del *George and Dragon*, mientras pague mi alquiler, hasta el año mil novecientos noventa y nueve; y por mucho que un hombre se acalore, tiene tiempo de enfriarse hasta entonces. Pero no hay por qué pelearse con la gente pudiente; además, tal vez tuviera dificultades para hacer nada malo con el dinero del *George*, siendo dinero del bueno. En fin, lo único que puede decirse es que ocurrió mucho antes de que naciera él, y que no hay por qué meterse con él; y le apuesto una libra, capitán, a que el doctor está conmigo.

El doctor, cuya ocupación era sensible también, asintió; luego dijo:

—De todos modos, la historia es vieja, Dick Turnbull: más vieja que usted y que yo, amigo mío.

—Y es mejor olvidarla —intervino el posadero del *George*.

—Sí, mejor olvidarla; pero no es probable que sea así —dijo el doctor, armándose de valor—. Aquí, nuestro amigo el capitán, la ha oído; y la equivocación que ha tenido demuestra que hay algo que es peor que recordarla completamente, y es recordarla a medias. Nosotros no podemos acallar a la gente; y una historia así es como para sacarle a uno de quicio, y en boca de las gentes, con mayor motivo.

—Sí; y ahora que lo pienso, fue Dick Harman, el de la barca de ahí abajo, un viejo lobo como yo, el que me contó el cuento. Salí a pescar el lucio, y él me llevó al lugar, y así fue como me enteré. Venga, Tom, valiente, sírvenos otro vaso de brandy, ¿quieres? —voceó el capitán, al ver al mozo cruzar la estancia; y el colorado y canoso héroe naval colocó otra vez su pierna sobre la silla, junto a su compañera de palo, a la que solía llamar su bandola.

—Bueno, creo que se hablará de esa historia más de lo que es probable que oigamos nosotros —dijo el mesonero—; a mí me tiene sin cuidado si se dice que fue el uno o el otro —aquí tocó su vaso con la cuchara, indicando con este tintineo a Tom, que había regresado con el grog del capitán, que debía volver a llenárselo de ponche—. Sir Bale es amigo de esta casa. No veo razón para que no lo sea. El *George and Dragon* ha sido de nuestra familia desde los tiempos del rey Carlos II. En aquellos tiempos, que llamaban de la Restauración, fue William Turnbull el que la arrendó a Sir Tony Mardykes, que era quien vivía por entonces. Eran auténticos caballeros en aquella época. Recibieron el título de baronet en el reinado de Jorge II; pueden comprobarlo ustedes en la lista de baronets y de la nobleza. Pues él se la arrendó a William Turnbull, que había venido de Londres; y fue él quien construyó los establos, que entonces estaban ruinosos, como aún puede leerse hoy en el contrato de arrendamiento; y desde entonces, la casa no ha tenido más que una enseña (el *George and Dragon* es conocido en toda Inglaterra), y un solo apellido su dueño. Desde aquel día hasta el presente, ha pertenecido a un Tur-

nbull, y nunca hemos sido considerados malas personas — un murmullo de aprobación corroboró la afirmación del mesonero—. Todos hemos sido gentes piadosas que hemos hecho buena bebida, y hemos servido a los mejores personajes, en estos tiempos y en los pasados; y eso lo digo yo, Richard Turnbull; y si pagamos nuestro alquiler, nadie nos puede echar; pues nuestro derecho sobre el *George and Dragon*, los dos campos, la granja y un terreno de pasto para nuestras vacas es tan bueno como el que tiene Sir Bale Mardykes sobre su casa solariega y sus propiedades. De manera que la familia no puede considerarme sino como un amigo; el *George* y ellos han estado siempre en términos muy amables y corteses, y no voy yo a romper esa antigua tradición.

—¡Bien hablado, Dick! —exclamó el doctor Torvey—; soy de su misma opinión; pero aquí no estamos más que nosotros, todos amigos, sin nadie que le presione a usted; así que, diablos, va a contarnos esa historia de la mujer ahogada, tal como la oyó hace tiempo.

—¡Venga, empiece; y tú, valiente, tráenos más de beber! —gritó el capitán.

Mr. Peers atendió su petición; y el sordo Mr. Hollar, que no tenía el menor interés en la historia, fue al menos un testigo de toda confianza y, con la pipa en los labios, un mueble de lo más confortable.

Richard Turnbull tenía el ponche junto a sí; miró por encima del hombro. La puerta estaba cerrada, el fuego animado, la bebida aromática, y todos los rostros a su alrededor eran amistosos. Así que dijo:

—Caballeros, dado que así lo desean, no veo que haya ningún mal en ello; y en cualquier caso, evitará malentendidos. Fue hace ya más de noventa años. Mi padre era en aquel entonces un chiquillo, y son muchas las veces que lo oyó contar en este mismo salón.

Y fijando los ojos en su vaso, se quedó meditabundo, y removi6 el ponche lentamente.

II. LA MUJER AHOGADA

—No hay mucho que contar —dijo el mesonero del *George*—. No les voy a entretener mucho tiempo, caballeros. Se trataba de una dama joven y hermosa, llamada Miss Mary Feltram de Cloostedd. Era la última de aquella familia, y se había quedado muy pobre. No tenía más que las cuatro paredes; en la entrada crecían los yerbajos, y en los muros, la hiedra; nadie podía decir que hubiera visto jamás salir humo de sus chimeneas. Me refiero a la casa que está al otro lado del lago, en la orilla, con un montón de árboles viejos detrás, y el vacío de la garganta a un lado, al pie del monte Maiden. Se la puede ver con un catalejo desde el embarcadero de Mardykes Hall.

—Yo he estado allí una cincuentena de veces —dijo el doctor.

—Bueno. Hubo tratos entre las dos familias. En cada familia se sabe que los hay buenos y malos; y los Mardykes, en aquellos tiempos, eran gente violenta. Y el día que el viejo Feltram de Cloostedd murió, y dejó a su joven hija bajo la custodia de Sir Jasper Mardykes, ¡qué aciago fue para ella, pobre muchacha! Sir Jasper era veinte años mayor que ella, o más; y dicen que no tenía nada que le granjease las simpatías o el cariño de nadie, sino que era feo y bajito y fúnebre.

—Fúnebre, o sea, melancólico —explicó el doctor Torvey al capitán, aparte.

—Pero dicen que había un viejo anillo mágico en la familia, que poseía un don; y pasó lo que tenía que pasar:

que la pobre muchacha se enamoró de él. Unos dijeron que se casaron. Otros que lo hicieron a su manera, y no tuvieron nunca la bendición del sacerdote; pero de cualquier modo, casados o no, la gente habló bastante, y ella no pudo dar un paso de puertas para afuera. Tuvieron dos hijos, y ella le insistió mucho en que reconociera el matrimonio, ¡pobrecilla! Pero dio en hueso, porque él no consintió en que llevaran su apellido, sino el de la madre. Era un hombre duro y obstinado e iba a lo suyo. Y cuando se cansó de ella, se le metió en la cabeza casarse con una dama de los Barnet, y se ocupó de ocultarla a ella y a los niños, de manera que no se les volvió a ver en Mardykes Hall. Al mayor lo dejaron al cuidado del padre de mi abuelo, aquí en el George.

—Ese tal Philip Feltram que viaja con Sir Bale desde hace tanto tiempo ¿es descendiente suyo? —dijo el doctor.

—Nieto —comentó Mr. Peers, quitándose la pipa un momento—; y parece que es el último de esa rama.

—Bien; nadie supo decir adonde se marchó ella. Unos dijeron que a lugares lejanos, otros que fue a parar a un manicomio, de manera que unos contaban una cosa y otros otra; pero ni a ella ni al pequeño volvieron a verlos con vida las gentes de Mardykes. Hubo un tal Mr. Wigram que vivía en aquel tiempo en Moultry, el cual había servido en su día en la armada del rey, como aquí el capitán; y una madrugada se presentó en el pueblo en busca de un bote, diciendo que había estado mirando hacia la isla de Snakes con su catalejo, y que había visto a una mujer a unas ciento cincuenta yardas de distancia de la isla; aquí el capitán sabe correctamente las marcaciones. Sobresalía del agua de caderas para arriba, bastante tiesa y erguida, con un niño en brazos. Bueno, nadie más pudo verla, ni él tampoco, cuando fueron allá en barca. Pero a la mañana siguiente, vio lo mismo, y el barquero también lo vio. Y fueron allá bogando los dos con todas sus fuerzas; pero cuando ya llevaban recorrida como una milla, dejaron de verla, así que se volvieron. La

siguiente persona que la vio fue el vicario, no recuerdo cómo se llamaba, que había cruzado el lago para celebrar un funeral en la iglesia de Mortlock; y cuando volvían con un poco de vela, justo al pasar por delante de la isla Snakes, oyeron de repente un alarido como de muerte, agudo y penetrante, que les heló la sangre en las venas; al mirar por el agua, a menos de cien yardas, vieron la misma aparición grisácea a la luz de la luna; viraron, y se acercaron lo bastante para verle la cara: la tenía blanca y empapada de agua; su cuerpo sobresalía del lago desde la cintura, tieso como un poste, tendiendo la criatura hacia ellos, y sonriendo, a medida que se acercaban. Estaban medio asustados, y sin saber qué hacer; pero tras aproximarse lo más que pudo el barquero, el vicario se estiró por encima de la regala para cogerla, y ella se inclinó hacia él, tendiendo al niño muerto hacia adelante. Al hacerlo profirió un grito que les sobrecogió, y dejaron de verla. No se trataba de una mujer viva, pues no habría podido sobresalir tanto del agua, como muy bien dedujeron ellos, por lo que comprendieron que habían visto un espíritu; y pueden estar seguros de que no ahorraron rezos ni bendiciones, y siguieron bogando a favor del viento; pues ni por toda la fortuna de los Mardykes querían volver a ver aquella cara consumida. Y fue vista otra vez en el mismo lugar por las gentes del mercado, cuando regresaban de Gyllenstan; así que la isla Snakes adquirió mala fama, y nadie quiso ya pasar por allí después de anochecer.

—¿Sabe algo del Feltram que ha estado con Sir Bale en el extranjero? —preguntó el doctor.

—Dicen que es inútil, un haragán inofensivo; ya era un mentecato cuando se marchó —dijo Richard Turnbull—. Los Feltram y los Mardykes eran parientes; por eso pasó lo que pasó en la desgracia de aquella joven de la que tan mal hablaron todos; y este joven al que usted se refiere es nieto del chico que trajeron aquí para que le cuidase mi abuelo.

—*Bisnieto*. El nieto fue su padre —dijo Mr. Peers—; le encargaron una comisión en el ejército, y murió en las Antillas. Este Philip Feltram es el último descendiente de esa familia (se dice que ilegítima), y lo poco que quedaba de la propiedad de los Feltram fue a parar, hace ya casi ochenta años, a los Mardykes. A este Philip le mantiene Sir Bale. Es agradable, a pesar de todas las historias que oye uno, que lo único que sabemos con certeza de él debería hacerle merecedor de todas las simpatías.

—Sin duda —asintió Mr. Turnbull.

Mientras hablaban, sonó el cuerno, y la diligencia se detuvo en la puerta del *George and Dragon* para dejar a un viajero y su equipaje.

Dick Turnbull se levantó y salió solícito al vestíbulo; el doctor Torvey le siguió hasta la puerta, desde donde podía echar una mirada, y vio varios baúles forrados de tela en medio del vestíbulo, y que el cuidadoso Tom y un mozo los iban colocando unos encima de otros en un rincón detrás de la balaustrada. Habría sido impropio de la dignidad de la ropa que vestía acercarse a leer las etiquetas de dicho equipaje; de lo contrario lo habría hecho; tan grande era la curiosidad que sentía el doctor.

III.
PHILIP FELTRAM

El nuevo huésped se hallaba ahora en el vestíbulo del *George*, y el doctor Torvey podía oírle hablar con Mr. Turnbull. Dado que el doctor, a quien le importaban las primeras impresiones, era uno de los dignatarios de Golden Friars, no quiso que le viesen en su puesto de observación; de modo que cerrando la puerta suavemente, volvió a su silla junto al fuego, e informó en voz baja a sus camaradas de que había un recién llegado en el *George*, y que no había podido oír quién era, pero que sin duda estaba tomando una habitación, y parecía traer baúles como para construir una iglesia con ellos.

—No me extrañaría que tuviéramos a Sir Bale a bordo —dijo Amerald, quien habría sido capaz de seguir a su camarada el doctor a la puerta (pues jamás hubo héroe naval retirado más curioso que él), de no ser por el golpeteo de su pata de palo en un piso que era, como la experiencia le había enseñado, hostil al misterio.

—Eso no puede ser —contestó el doctor—; Charley Twyne está al tanto de todo esto, y recibe carta cada dos días; y no hay posibilidad de que llegue Sir Bale hasta el diez; es un turista, ya verá. No sé por qué dem... tarda Turnbull; sabe de sobra que estamos aquí todos impacientes por saber quién es.

—Bueno, aquí no nos molestará, ya verá —y atrayendo la atención del sordo Mr. Hollar, el capitán señaló la pequeña mesa junto a él, haciendo como si sacudiese un cubilete de dados; a lo que el viejo y tranquilo caballero asintió ra-

diante. Se levantó el capitán y puso el juego del *backgammon* en la mesa, junto al codo de Hollar, y no tardaron las dos notabilidades en entregarse a su juego, con el agradable repiqueteo que acompaña a esta antigua distracción. Hollar había sacado seises, y había hecho un doble; y el honrado capitán, que podía resistirlo todo menos que Hollar sacase semejante puntuación a tan temprana hora de la tarde, maldijo la suerte de su oponente, y se burló de su juego, y pidió a la compañía que le vigilase, con una claridad que quien ignorara la sordera de Hollar podría haber considerado descortés; y justamente en ese momento se abrió la puerta, y Richard Turnbull mostró a su nuevo huésped la estancia, y le condujo a una silla vacía de la otra esquina de la mesa, junto al fuego.

El forastero avanzó lenta y tímidamente, como pidiendo perdón, y su larga figura, levemente encorvada, y su rostro apacible y hasta doliente le conferían un gesto de acusado encogimiento y cortedad.

Dio al propietario las gracias aparte, por decir así, y tomó asiento con una furtiva mirada alrededor, como si no tuviera derecho a entrar e interrumpir la paz de aquellos honrados caballeros.

Vio que el capitán le escudriñaba bajo sus cejas peludas y grises, mientras hacía como que sólo atendía a su juego; y el doctor fue capaz de enumerarle a Mrs. Torvey, al regresar a su casa, cada detalle de la ropa del desconocido.

Tenía algo raro y melancólico en su cara puntiaguda.

Había entrado en la estancia cubierto con esclavina negra, alto sombrero de fieltro y brillantes sobrebotas, o polainas de cuero, en sus delgadas piernas. En conjunto, presentaba un parecido con la figura convencional de Guy Fawkes.

Ninguno de los reunidos sabía cómo era el baronet. El doctor y el viejo Mr. Peers recordaban algo de su aspecto, y ciertamente no se asemejaba al del recién llegado, sino más bien al contrario. El baronet, como lo describía la gen-

te que había tenido la suerte de conocerlo, era un hombre sombrío, de estatura mediana tan sólo, y con cierta decisión en su aire y modo de hablar, mientras que este individuo era alto, pálido y de aspecto y modales lánguidos. De modo que este mercader fracasado en el comercio del mundo, con quien todos parecían haberse equivocado, no podía ser él.

Poco después, en una de sus furtivas miradas, los ojos del doctor se encontraron con los del desconocido, que en ese momento se estaba tomando un té, bebida fina y femenina poco utilizada en este local.

El desconocido no pareció molestarse; y el doctor, interpretando su mirada como un permiso para conversar, aclaró su voz y dijo educadamente:

—Hemos tenido algo de escarcha estas noches por aquí y un poco de fuego no hace daño; resulta agradable, ¿no cree?

El desconocido asintió con una pasajera sonrisa invernal, y miró al fuego con agradecimiento.

—Este lugar es muy admirado, señor; la gente viene a visitarlo de muy lejos; ¿ha estado usted aquí antes, quizá?

—Hace bastantes años.

Hubo otra pausa.

—Los lugares cambian mucho imperceptiblemente, al menos en los detalles —dijo el doctor, haciendo un esfuerzo por mantener una conversación que no marchaba fácilmente por sí misma—; y la gente también; la población varía; existe una vieja compañera, señor, que llaman la *Muerte*.

—Y un viejo compañero, llamado *doctor* y que la ayuda —intercaló con humor el capitán, desviando su atención hacia la conversación y obsequiándoles con uno de sus estruendosos ja, ja, ja.

—Estamos esperando el regreso de un caballero que sería miembro destacado de nuestra pequeña sociedad, aquí abajo —dijo el doctor sin hacer caso de la broma del